

Esas imágenes vuelven a mi memoria desde hace algún tiempo y con más fuerza desde el domingo de la romería, cuando la crisis de la izquierda se hizo definitivamente pública.

¿Cómo está la izquierda? Más limitadamente: ¿qué pasa con ese vasto mar de militantes, de sindicalistas, comuneros, intelectuales, aproximadamente entre los 25 y 40 años, que se inició en la vida política luego de 1965 y tuvo su primera prueba de fuego en las jornadas populares de los años 76-80? ¿Estamos "a mitad del camino de la vida" o hemos llegado a una ilusoria meta que en realidad nos agotó ya históricamente?

Muchos indicios dan pie al desaliento. Los dirigentes políticos parecen haberse convertido colectivamente en una costra que asfixia los poros de todos los partidos mientras la tempestad ruge por dentro; los parlamentarios no dan fuego; los escritores no escriben, los sociólogos orillan los grandes temas y allí picotean pequeños descubrimientos sin adentrarse en las profundidades de los problemas; los escépticos han hecho de su pesimismo una retórica y se escapan por la derecha; llegan los hijos, aprieta el costo de vida, las arrugas se marcan más tímidamente, las parejas se separan; es la hora del aburrimiento, en las antipodas del heroísmo.

El antifútbol del Dinamo parece estar logrando ese angustioso 0-0 que le basta para derrotarnos. Atapada por el "catenaccio" de este gobierno que nada tiene de suizo, la izquierda parece definitivamente agotada.

ESAS CAIDAS HONDAS

No sólo la izquierda, sino todo. Hoy en el Perú, cualquier empresa parece destinada al fracaso, la degradación o la medianía. Los nuevos diarios, por ejemplo. Dejemos a los finados y hablemos de los supervivientes.

La República, tan bonita ella, por lo difícil del medio acabó prostituyéndose para sobrevivir. El Observador, el "diario-diálogo nacido para ser el mejor", aparecía como el intento más serio de un grupo empresarial para convertirse en alternativa política reformista y moderna, civilizada, europea. Y, sin embargo, sus peruanísimos pies no

IZQUIERDA 82 "LA SOLEDAD DEL CORREDOR DE FONDO"

Carlos Iván Degregori

Erase una película del *Free Cinema* inglés. Erase en ella un corredor de larga distancia. Un marginal. Muchacho de reformatorio que en el transcurso de una carrera decisiva, a pocos pasos de la meta y con la victoria asegurada (pero la meta era espúrea y triunfar, traicionarse), se para en seco, deja pasar al segundo que llega botando los bofes, rehusa las tibias glorias de una fama minúscula, una libertad vigilada y una integración a la asfixiante vida de la provincia inglesa de los años 50 y regresa a prisión, pero de alguna manera transformado, más bien, reafirmado en su independencia y en su hasta entonces difusa rebeldía contra el sistema.

eran de barro sino de arena. Sus sobrias y moderadas páginas reposaban sobre un gran bluff reflejado muy bien en esa carátula de *Monos y Monadas* donde aparece León Rupp con frac y sin pantalones, resumen gráfico de la historia de nuestras clases dominantes —por arriba flores, por abajo temblores—, que se remonta al momento mismo de su llegada al país, a esa anécdota de los caballeros almagristas encerrados en su solar, saliendo de uno en uno con la única capa y la sola espada que compartían, a pasear orgullosos por las calles de Lima, la novísima, hurgando con un palillo entre las rendijas vacías de sus dientes. Esa costumbre de "echar la casa por la ventana", muestra en qué medida el pasado se esconde y sobrevive aún detrás de la apariencia más ultramoderna y la carátula más tecnicolor.

Nuestros más que sufridos lectores conocen a *El Diario*, lejos de lo que puede y debe ser. (Y, sin embargo, desafiando a tantos que le dieron tres semanas o tres meses de vida, continúa en la brega).

Pareciera, pues, que al irse a pique el gran intento histórico del reformismo militar —que trató de colocar al Perú de lleno en la contemporaneidad—, quisiera arrastrar en su remolino final a toda la sociedad civil hacia el abismo. Entre el maderamen destruido por el naufragio, parece que sólo flotarán incólumes los arcones oscuros del pasado.

Y, sin embargo, es una falsa apariencia. En esta misma página decíamos en octubre pasado: "Fenómenos extremos de nuestra política, tanto el alvismo como el Sendero Luminoso surgen de las entrañas más profundas de nuestra historia, de un pasado colonial oligar-



quico que se niega a morir pese a los grandes movimientos sociales de las dos últimas décadas".

Hoy, más perfilado a raíz de sus recientes acciones, Sendero Luminoso parece marchar a contracorriente en estos tiempos chicos, llamándonos al heroísmo. Pero a pesar de ser parte de esta historia y de esta izquierda, el tiempo histórico no transcurre centralmente a través de ellos, porque se marginaron en los años decisivos y, literalmente, en un laboratorio, diseñaron una revolución de probeta, al margen de las masas. Recogen, indudablemente, una parte del Perú actual, pero no todo ni lo más esencial, que ascendió durante las grandes luchas populares de la década pasada. Sendero Luminoso tuvo infancia que transcurrió en los claustros huamanguinos, pero no juventud en los paros nacionales, en las tomas de tierra y en los Frentes de Defensa.

EL TIEMPO FUTURO SERA MEJOR

Y por eso creo que éste no es el final de la película. Como el corredor famoso, la izquierda está a mitad del camino, atravesando la parte desértica de este *cross-country*. El sol le cae a plomo y desfallece. Puede hundirse en las arenas movedizas del parlamentarismo o perderse seducida por el espejismo de un oasis militarista que ofrece soluciones rápidas y heroicas. Pero es cuestión de persistir y superar la momentánea falta de aire.

Hay razones también para el optimismo. Los años 76-80 han sido excepcionales en la historia del Perú y han dejado un cúmulo de enseñanzas que no pueden esfumarse así, no más. Sobre todo, por dos razones adicionales: el movimiento popular, portador central de esa experiencia, no ha sufrido una derrota histórica, como en el Cono Sur o en el Perú de los años 30 y persiste en tensar sus fuerzas, tratando de encontrar nuevos y más eficaces cauces para su despliegue. No se trata, entonces, de vivir de las glorias del pasado, sino de insertarse en la vida cotidiana de un pueblo en lucha. Y, para ello, también a diferencia de los años 30, la mayoría de la izquierda tiene una ventaja: no va rumbo a encasillarse en las grandes verdades, siempre tentadoras como refugio en momentos de crisis, sino, por el contrario, a partir de haber estado inmersa en el poderoso torrente popular de los años previos, comienza a adquirir una mayor flexibilidad e independencia, puerta de entrada para la comprensión cabal del Perú de los años 80.

A pesar de entrapamientos y desavenencias, puntos cruciales se hallan en discusión

en diferentes partidos. Bajo la superficie en apariencia lunar de la izquierda del 82, puede hallarse más cerca que nunca el reencuentro con Mariátegui y con el camino de la revolución en el Perú.

Condiciones subjetivas existen, y más o menos significativas. ¿Habrá la voluntad? Porque es también indispensable la voluntad política. En este caso, una terca voluntad de persistir, como Ho Chi Minh o como ese Penival de la Edad Media, que acabó recuperando el Santo Grial.

Este año, a lo más estos dos años próximos, permitirán clarificar más precisa —aunque no definitivamente— el panorama. Porque también acechan posibles descalabros y capitulaciones vergonzosas.

Pero apostado al optimismo. ¿Por qué? Quizá sean los años que nos enseñan paciencia y nos hacen comprender más cabalmente eso de la guerra prolongada. Tal vez sea tan sólo que terminado el verano, Lima en estos días le da espaldas al trópico bullicioso y liviano y se sumerge en la bruma, más cercana a los Andes. Le gente acá sabe arrojarse y esperar el sol tibio de octubre o de noviembre y lo celebra con turrones, procesiones, corridas y festivales. O quizás sea el hecho de trabajar en este diario, que en sus horas más negras sobrevivió de milagro con cero soles de capital —aparte del esfuerzo de sus trabajadores— exclusivamente porque hubo una voluntad popular que lo sostuvo pues lo requería. Mientras esa voluntad subsista habrá esperanzas (A veces siento que *El Diario* es como la caverna de Platón y nosotros somos apenas las sombras de una realidad que ocurre fuera. Algunos protagonistas históricos —el movimiento popular— provistos de antorchas, se agitan allá afuera. Si ellos desfallecen, las sombras tremolamos, bailoteamos y nos enredamos; si se fortalecen, nosotros sombras crecemos y nos perfilamos hídidamente).

Sea como fuere, quizá buscando ese sujeto histórico que nos vitaliza, lo cierto es que yo apostado doble contra sencillo a que esta generación no ha escrito todavía sus páginas mejores.